



www.loqueleo.com

© 2007, Edna Iturralde

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-757-3

Derechos de autor: 026221

Depósito legal: 003627

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Abril 2007

Primera edición en Loquele Ecuador: Marzo 2017

Décima tercera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Pablo Pincay

Diagramación: Juan Carlos Carrera

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Los hijos de la Guacamaya

Edna Iturralde

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleq

Dedicatoria

*A Paiwa, quien inspiró esta obra,
y a todas las otras niñas y niños cañaris.*

Agradecimiento

A Mama Michi Chuma Quishpilema, Taita José Pinchizaca Guamán, Michael Jenkins, Jorge Dávila Vázquez y Eulalia Moreno, Ranti Chuma, Estela Mainato Duy, José Miguel Acero, Taita Fidel Guamán Quinde, Rosa Mainato Granda, Lynn Hirschkind, Taita Andrés Quinde, Andrés Abad, Zoila Quintuña Tenezaca, Lisaura Quiroz Casho, Jaime Hidrovo, Manuel Palchizaca Angamarca, Antonio Loja Yupanqui, Stuart White, Lisaura Quiroz Casho, Antonio Saiteros Castro, Erlinda Aguaiza Pinchizaca, Juan Martínez Borrero, Eugenio Marca Mejía, Delfina Acero Chuma, Keyla Alarcón, y a todas las demás personas por su hospitalidad, sabiduría y entusiasmo para guiarme en los caminos de la Pacha Mama, de las palabras y de la magia de nuestra patria.

A Deborah Truhan, quien me permitió acceder a los archivos con auténticos nombres cañaris.

Y a las obras Nuestra primera historia, de Juan Cordero Íñiguez; Guacha Opari Pampa, de Juan Chacón Zhapán; Tomebamba, de Jaime Idrovo Urigüen; Cañaris e incas, de Gustavo Reinoso Hermida; y Cuenca-Santa Ana de las Aguas, capítulo «Cuenca y su región: En busca del tiempo perdido», de Ernesto Salazar, cuyas investigaciones enriquecieron la creación de esta novela.



Genealogía de las yachaks cañaris 11

CAPÍTULO 1

Lo que contó Neblina 13

CAPÍTULO 2

Lo que contó Viento 21

CAPÍTULO 3

Lo que contó Conejo 29

CAPÍTULO 4

Lo que contó Mono 38

CAPÍTULO 5

Lo que contó Guacamaya 49

CAPÍTULO 6

Lo que contó Venado 53

CAPÍTULO 7

Lo que contó Jaguar 62

CAPÍTULO 8

Lo que contó Perro 72

CAPÍTULO 9	
Lo que contó Tórtola	80
CAPÍTULO 10	
Lo que contó Cuy	91
CAPÍTULO 11	
Lo que contó Llama	97
CAPÍTULO 12	
Lo que contó Puerco Espino	105
CAPÍTULO 13	
Lo que contó Puma	111
CAPÍTULO 14	
Lo que contó Murciélago	124
CAPÍTULO 15	
Lo que contó Oso	135
CAPÍTULO 16	
Lo que contó Lechuza	142
CAPÍTULO 17	
Lo que contó Sapo	154
CAPÍTULO 18	
Lo que contó Cóndor	160
CAPÍTULO 19	
Lo que contó Yagual	169
CAPÍTULO 20	
Lo que contó Tiempo	179
Biografía	189
Cuaderno de actividades	191

Genealogía de las *yachaks* cañaris



El linaje materno de la curiosa Paiwa, niña cañari que quiere conocer todo sobre sus antepasados, reúne a quince importantes curanderas cañaris (*yachaks*). Aquí te contamos quiénes son, para que no te confundas.

11

Chobshi. Joven cazadora que se une al espíritu de la laguna y descubre la cueva que llevará su nombre. Crea el *Clan-de-Culebra*. De ella descienden todas las *yachaks*.

Shig-Sig (La-que-rozó-la-luna). Descubre el secreto para dominar el fuego y llevarlo a la cueva.

Zhud (Protectora-de-familia). Su nombre es escogido para que lo lleven en adelante todas las *yachaks*.

Nash-Zhud (La-que-sueña-y-protege-a-su-familia). Lleva a su pueblo al cerro Narrío.

Guanan-Zhud (La-que-habla-con-animales). Se une a un hombre de una tribu de la costa y lleva a su pueblo las conchas *spondylus*.

Noran-Zhud (*Manos-que-crean*). Talla la primera *urkuyaya* (figura que sirve de compañía para el viaje al más allá) en una concha *spondylus*.

Lalti-Zhud (*Trepadora-de-cerros*). Funda la comunidad de Quillauac.

Guazan-Zhud (*Habla-con-espíritus*). Inspira a Chordeleg, un joven orfebre que hace el hilo de oro o filigrana. Encuentra la máscara de jaguar con culebrillas zigzagueantes.

Casan-Zhud (*La-que-hace-ofrendas*). Inventa la chicha de maíz, a la que llama *azua*, *Bebida-de-los-dioses*.

Shinin-Zhud (*Habla-con-Luna*). Contrae matrimonio con un guerrero *inka*.

Kispi-Zhud (*Madre-cristal-de-roca*). Principal *yachak* del templo *inka*-cañari de Madre Luna.

Mama Juana. *Yachak* de la época de los españoles.

Francisca. Nieta de Mama Juana. Usa pulseras de cuentas de *mullu* sagrado.

Mama Jushuca. Importante *yachak* y abuela de Mama Michi.

Mama Michi. Famosa *yachak* contemporánea y abuela de Paiwa.

CAPÍTULO 1 Lo que contó Neblina



—¿Paiwa? ¿Paiwa quiere saberlo?

—Sí —contestó Viento soplando con suavidad—. Quiere saber todo acerca de sus antepasados.

Madre Tierra sonrió entusiasmada. Sus ojos brillaron como profundas lagunas.

—¿Toda la historia? —insistió.

—Toda la historia —afirmó Viento, soplando con cuidado para no dispersar a su prima Neblina.

—Yo puedo contársela —brincó Mono.

—Yo también.

Puma levantó el hocico para olfatear el pasado.

—Y yo —añadió Murciélago al bajar de la rama donde antes se había colgado boca abajo.

—Nadie como yo —aseguró Conejo, girando sus ojos en círculos completos.

Los otros animales también se ofrecieron a relatar la historia de los antepasados de Paiwa y aseguraron que la conocían muy bien.

Estaban reunidos con Madre Tierra para celebrar el Pawkar¹ Raymi, la fiesta de la floración de las plantas, también conocida como Carnaval.

—Estoy segura de que todos pueden contarla, pero sugiero hacerlo por partes y uno por uno —dijo Madre Tierra con dulzura.

Entonces, Neblina se adelantó con pasitos de gata y propuso ser la primera.

Yo acompañé a los antepasados de Paiwa hace diez mil años, desde que cruzaron el puente de hielo formado al norte, que unió dos continentes, hasta que llegaron junto a la laguna de Culebrillas. Allí armaron un cobertizo con ramas y fueron a dormir junto a la orilla. Aquella noche, Madre Luna se columpiaba en las nubes y se sentía un no sé qué romántico en el aire. Me posé, pintada de plata, sobre el agua mientras la gente dormía. Culebra, el espíritu de las lagunas, salió curioso, puesto que jamás había visto a un ser humano. Se arrastró con mucha curiosidad entre los viajeros y se detuvo junto a la más hermosa de las jóvenes. Luego, se deslizó en sus sueños.

¹ Grafía panandina, oficializada el 18 de noviembre de 1985.

La muchacha soñó que se encontraba dentro de la laguna. Allí, Culebra la esperaba sentado en una roca jaspeada.

—Saludos, Chobshi —dijo Culebra, llamándola por su nombre.

—Si tratas de asustarme, no vas a lograrlo —respondió ella con sequedad por la turbación producida al saber que Culebra conocía su nombre—. He venido de muy lejos con mi gente, soy cazadora y he sobrevivido a muchos peligros.

Culebra rio complacido con la respuesta.

—No se me habría ocurrido asustarte —aseguró Culebra, que se escurrió por la roca y se acercó a Chobshi—. Siento que, además de hermosa, eres valiente.

Culebra explicó a la muchacha que, a pesar de ser un espíritu poderoso de la naturaleza, se sentía solo y conversar con ella lo haría feliz. Entre conversación y conversación, Culebra le pidió que fuera su esposa. Ella aceptó honrada, pues era admirable que un espíritu tan importante se lo pidiera.

Cuando Chobshi despertó, contó el sueño a su gente y todos acordaron que Culebra sería el padre de las hijas y los hijos que tuviera la joven. Como consideraron ese sueño un buen augurio, decidieron quedarse a vivir en los alrededores de la laguna, a la

que llamaron Leonquina, que en su idioma significaba *Culebra-en-laguna*.

Chobshi tuvo seis hijos: tres niñas y tres niños. Apenas nacían, los sumergía brevemente en las aguas de la laguna en homenaje a su padre, Culebra, y ponía a su lado una pequeña piedra jaspeada igual a aquella donde lo había visto sentado por primera vez.

16 Chobshi dejó de ser cazadora, se dedicó a observar la naturaleza, descubrió que las enfermedades eran causadas por seres misteriosos y aprendió qué plantas podían curar a los enfermos.

Un día, mi prima Lluvia llegó colmada de entusiasmo y cayó a chorros. Yo, siendo Neblina, me sentí contenta porque me permitía colgar todo el día y la noche de los árboles. Pero no todos tienen mi gusto, pues en el caso de los humanos no les sentó para nada tanta humedad y frío. Sus viviendas de ramas se inundaron, sus ropas de pieles de animales cayeron podridas en pedazos y ellos se enfermaron. Chobshi trató de curar a todos, pero, cuando vio que algunos se sumían en el *Sueño-de-no-despertar*, se asustó. Entonces, soñó de nuevo con Culebra, su esposo, que esa vez no se encontraba en la laguna, sino dentro de una cueva donde ardía una hoguera. A Chobshi le aterraba Fuego, igual que a todos los humanos de aquella época. Fuego era un ser pode-

roso que caía del cielo en forma de rayos y quemaba todo lo que tocaba en medio de gritos roncós. Pero Culebra le dijo que Fuego podía ser bien utilizado si se lo hacía con cuidado y sabiendo cómo hacerlo. En su sueño, Chobshi extendió sus manos sobre la hoguera encendida en el centro de la cueva y sintió el agradable calor.

—Debes traer a nuestros hijos a este lugar, para protegerlos del frío. Te lo pido a pesar de que eso signifique que tú y ellos se alejen de las orillas de mi laguna —susurró Culebra, deslizándose nuevamente fuera de los sueños de Chobshi.

Chobshi despertó sobresaltada y no esperó a que amaneciera para reunir a su gente y proponerle ir en busca de aquella cueva que había visto en su sueño. Todos sonrieron incrédulos al escuchar acerca de la hoguera y la posibilidad de utilizar a Fuego, pero estuvieron de acuerdo en que debían cumplir con los deseos de Culebra, su padre.

El día que partieron, Culebra salió de la laguna para verlos marchar. Fue tanta su pena que al arrastrarse dejó profundas huellas sinuosas en el suelo, que más tarde se convirtieron en riachuelos y lagunillas.

Padre Sol nació y murió varias veces mientras continuaron avanzando hacia el Este. Mi hermana Lluvia

tomó su aspecto suave de llovizna y me obligó a aparecer, pero yo traté lo mejor que pude de no ocultarles el camino.

Al llegar a una colina, la gente se negó a ascender por ella. Estaban cansados, sin ánimos de caminar. La caza fue mala y Lluvia había arrasado con las pocas bayas y frutos de los arbustos. Tenían mucha hambre y apenas contaban con unas pocas setas que repartían cuidadosamente entre todos. Hasta sus pequeños perros aullaban y se quejaban, mostrando la piel tirante que apenas sostenía sus huesos.

Chobshi, tan cansada como los demás, dudó sobre qué hacer hasta que sintió en su mano la presión de su nieta favorita, Shig-Sig, quien insistió con su pensamiento que continuaran. Shig-Sig, *La-que-rozó-la-luna*, no era como las otras niñas, puesto que podía leer el pensamiento de las personas y comunicarse con ellas de la misma manera. Chobshi estaba segura de que ese portento se debía a que un rayo de Mama Shi, la Luna, debió haber brillado durante demasiado tiempo sobre ella después de su nacimiento. Su madre, la hija mayor de Chobshi, había salido en busca de plantas medicinales y se desmayó junto a la criatura recién nacida bajo la luz plateada.

Cuando se encontraba a medio camino, la niña zigzagueó entre los árboles de arrayanes y guaran-

gos. Al mismo tiempo, una extraña fuerza se adueñó de los cansados pies de Chobshi, que empezaron a correr detrás de su nieta. Subió sin detenerse, a pesar de que los matorrales arrancaban jirones de su ropa de pieles y sus cabellos se enredaban en las pencas y los sigsales. Al llegar a la cima, se encontró delante de la cueva que había visto en sus sueños. Shig-Sig la esperaba, lista para silbar con los dedos meñiques en las comisuras de la boca. Chobshi respondió con el mismo gesto y las dos silbaron tres veces; era la señal para que los demás supieran que habían hallado lo que buscaban. Entonces, se sintió como si un aire de alegría animara a la gente. Los adultos rieron y se dieron palmadas en las piernas, y los niños y las niñas corrieron perseguidos por los perros, que ladraban contentos al sentir el cambio de ánimo de sus dueños.

La boca negra de una gran cueva los recibió cuando llegaron a la cima.

—¡Aquí está! ¡La cueva de Chobshi! —gritaron, levantando sus lanzas.

Chobshi fue la primera en entrar. Estaba segura de encontrar la hoguera. Pero se desilusionó al ver que no era así. Sin embargo, intuyó de alguna manera que el momento de dominar a Fuego y llevarlo a la cueva llegaría pronto.

A su lado, Shig-Sig se metió en sus pensamientos, como tenía por costumbre.

«Yo te ayudaré», resonó la voz de su bisnieta en su cabeza.

Entonces...

20

—*Un momento, me gustaría continuar... por favor —pidió Viento.*

Madre Tierra, que había comenzado a hilar, puso a un lado su huso y, con un movimiento de su mano, concedió a Viento la palabra.

CAPÍTULO 2 Lo que contó Viento

Muestra
promocional
Prohibida
su venta
© Santillana

21

Chobshi llevó a su familia, a la que llamó el *Clan-de-Culebra*, a la gran cueva, que en aquella época era una profunda abertura en la roca. La gente se acostumbró a vivir allí y olvidó la extraña idea de tratar de utilizar a Fuego. Solo Shig-Sig y Chobshi continuaron pensando en ello.

Entre estas y las otras, Lluvia sintió aburrimiento y se marchó a mojar otros lugares.

Tomó varios meses para que todo se secara y, cuando esto sucedió, hubo una tempestad de rayos. Uno de ellos cayó en un árbol cercano a la cueva y Fuego comenzó a devorarlo a grandes bocados; inició por la copa y llegó hasta el tronco.

«¿Crees que es el momento de utilizar a Fuego?». La pregunta de su nieta se esparció por la mente de Chobshi, que asintió porque a ella también se le había ocurrido lo mismo.

«¿Recuerdas dónde ardía Fuego en tu sueño?», volvió a preguntar Shig-Sig.